

San Segundo, obispo y mártir

Santa Apostólica Iglesia Catedral de El Salvador

Martes 2 de mayo de 2017

2 Tim 1,13-14; 2,1-3; Sal 116, 1.2; Mt 28,16-20

Sr. Obispo electo de Plasencia y Deán de la Catedral, Cabildo y sacerdotes; Cofradía de San Segundo; Sr. Alcalde y miembros de la Corporación municipal, Autoridades civiles, militares, académicas y judiciales, hermanas y hermanos:

«Señor, tú has llevado a nuestros padres a la luz del Evangelio», hemos evocado evocando a S. Segundo, portador del Evangelio en Ávila. Como en los comienzos del cristianismo, la *Buena Noticia* de Jesús resucitado llega hoy *a nuestras familias* para transmitirla a las nuevas generaciones. Ante nosotros resuena el anuncio de la fe, que es lo más bello y lo más necesario que vive y ofrece la Iglesia.

San Segundo renueva hoy su predicación, anunciando la fe que ilumina a nuestras familias y en especial a los jóvenes. El Papa Francisco recoge esta misma preocupación en la encíclica *Amoris laetitia*, y nos señala tres tareas: *acoger, discernir y acompañar*.

En primer lugar, acoger. ¿Qué es lo que debemos acoger hoy de S. Segundo?

¡Acojamos su fe! La Puerta de la fe, que nos introduce en la vida de Dios, la entrada en su Iglesia, está siempre abierta. Cruzamos el umbral de la fe cuando nuestro corazón *acoge* la Palabra de Dios y la gracia transforma nuestra vida. Eso sucedió el día de nuestro Bautismo, pero antes la *puerta de la fe* en Ávila la abrió San Segundo, para que las familias abulenses acogieran a Jesús. Y esta *puerta* permanece por siglos siempre abierta.

¡Acojamos su invitación a ser creyentes! San Pablo, escribiendo a Timoteo, desea animar a su joven discípulo a consolidar la fe ante la

amenaza de las herejías. La carta que hemos escuchado, la escribe desde la cárcel de Roma con cariño entrañable, poniendo de manifiesto el origen familiar de su fe: «Evoco el recuerdo de tu fe sincera, la fe que arraigó primero en tu abuela Loide y en tu madre Eunice, y estoy seguro que también en ti». La abuela y la madre de Timoteo fueron transmisoras del Evangelio para Timoteo, reconoce Pablo. De modo semejante, la Palabra de Dios, traída por san Segundo, se expandió pronto y se ha mantenido en las familias abulenses hasta hoy. Con nuestro primer Obispo y mártir, nos fue dada una forma de existencia que recibe la vida eterna en el presente y la gloria con Cristo en el tiempo venidero; una forma de existencia que ha dado gloria a nuestra tierra, con grandes santos y mártires, recios cristianos aunque sencillos y humildes, dotados de la dignidad de hijos de Dios. Esta estela de santidad ilumina nuestro camino y nos invita al encuentro con Jesucristo, fundamento de nuestra fe.

¡Acojamos también nosotros la transmisión de la fe a las nuevas generaciones! Hay dos invitaciones que hace Pablo a Timoteo: “Vela por el depósito de la fe” y “confíalo a hombres fieles”. Este es nuestro desafío en el presente: cuidar y transmitir la fe: un desafío que hemos de asumir en las familias en las que ha prendido el evangelio. Las familias cristianas, iglesias domésticas, son los sujetos de la pastoral familiar, mediante el testimonio gozoso de los cónyuges. Ojalá todos los padres puedan decir con san Pablo: hijo mío, «ten por modelo las palabras sanas que has oído de mí en la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús». Sólo a partir de esta experiencia de fe y de transmisión, la familia logra ser fermento en la sociedad.

Hermanos, conocemos bien los tiempos de incertidumbre que ahora vivimos, dado el horizonte de guerras y amenazas, de atentados terroristas en cualquier lugar, persecución de cristianos en diversos países, grandes hambrunas en África, violencia en el seno de nuestras familias. Esta desintegración moral de la sociedad ¿no tendrá su origen en la falta de fe? Si arrojamos a Dios de nuestro entorno, ¿no se convierte el hombre en lobo para el hombre? La fe transmitida por San Segundo nos exige mantenerla firme en nuestras familias y ofrecerla a la sociedad en formas de respeto, de solidaridad y de justicia social.

2. En segundo lugar: discernir.

Discernir la vida. Vivimos con gran celeridad los acontecimientos diarios, muchas veces sin detenernos a reflexionar sobre cómo nos va la vida en ellos. Qué necesario es encontrar el tiempo propicio para dialogar en familia, para comunicarnos, para escuchar a los hijos y atender a los mayores; para dar valor a los pocos momentos en que la familia está reunida, para tomar decisiones juntos, para acoger al que piensa distinto. No lo dudemos, si queremos dar el justo valor a las cosas y a los acontecimientos, necesitamos pensar y discernir.

Hemos escuchado en el evangelio que, después de la resurrección, «los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo se postraron, pero algunos dudaron». Ante el Resucitado, los discípulos se esfuerzan por comprender y discernir todo lo que han vivido junto a Jesús. Como ellos, nosotros precisamos de un hondo discernimiento. No podemos dejar pasar los acontecimientos de la vida, gozosos o dolorosos, sin darles el valor necesario, que nos ayudará a crecer personalmente y a fortalecer los vínculos familiares. En una sociedad en la que los valores están heridos por el relativismo, la familia cristiana, estimulada por la fe, debe aprender a discernir.

También hemos de discernir el sufrimiento. En el camino de la vida hay realidades amargas que es preciso acoger y discernir, para mantenernos en pie ante ellas: es el sufrimiento propio y ajeno, la presencia del dolor, del mal, de la violencia que rompen la vida familiar y su íntima comunión de amor. Hoy se hace necesario despertar la capacidad de ponernos en el lugar del otro y dolernos por su sufrimiento. Una cultura que deja de lado la sensibilidad por la enfermedad, la desocupación y la precariedad laboral; por el momento en que los jóvenes deben marcharse a buscar oportunidades fuera del hogar; por la emigración forzosa, la violencia fratricida; por la infidelidad conyugal, ligada al egoísmo y a la búsqueda de placer; por la ancianidad con sus carencias... todo ello endurece el corazón y ayuda a que los jóvenes estén anestesiados frente al sufrimiento de los demás.

San Pablo recomienda a Timoteo: «Toma parte en los padecimientos como buen soldado de Cristo Jesús». A Jesús, verdadero hombre, le dolía el rechazo de Jerusalén, algunas situaciones humanas le arrancaban lágrimas, se compadecía ante el sufrimiento de la gente. Viendo llorar a los demás, se conmovía y se turbaba, y lloraba la muerte de un amigo. Confiemos en la presencia del Señor que habita en nuestras familias, aliviando sus sufrimientos, sus luchas y alegrías. Así las familias alcanzan poco a poco la santidad, participando en el misterio de la cruz de Cristo que transforma el sufrimiento en una ofrenda de amor.

3. Por último, acompañar. ¿A quién debe acompañar la Iglesia hoy?

San Pablo escribe a Timoteo para consolarle en medio de las dificultades de su ministerio; trata a su discípulo como a su propio hijo con el amor de un padre. Este acompañamiento de Pablo afecta a las personas, como Timoteo o Tito, y también a las comunidades nacidas de su predicación: corintios, gálatas, efesios, tesalonicenses.

El Papa nos propone: *acompañar a las familias* desde los primeros años de la vida matrimonial. El camino abarca las diversas etapas de la convivencia conyugal: desde el impacto inicial, caracterizado por una atracción sensible, a la necesidad del otro, percibido como parte de la propia vida; del gusto por la pertenencia mutua, a la comprensión de la vida como un proyecto de dos; de la capacidad de poner la felicidad del otro por encima de las propias necesidades, al gozo de ver el matrimonio como un bien para la sociedad. En todo momento la Iglesia quiere ser compañera, ayuda y estímulo en el camino conyugal.

La Iglesia desea también *acompañar a los jóvenes*, a quienes está dedicado el próximo Sínodo de los Obispos en Roma. Acompañar a las nuevas generaciones, colaborando en su alegría y sus anhelos es propósito de la Iglesia. Acompañarles es caminar con ellos, salir de los propios esquemas para encontrarlos allí donde están, adecuándose a sus tiempos y a sus ritmos. Significa también tomarlos en serio en su dificultad para comprender la realidad en la que viven, para colaborar

en el esfuerzo diario por construir la propia historia y en la búsqueda de un sentido para sus vidas.

Y *acompañar a los novios* que discernen su vocación al matrimonio. Ayudándoles a descubrir el valor y la riqueza del matrimonio, a percibir el atractivo de una unión plena que eleva y perfecciona la dimensión social de la existencia, otorga a la sexualidad su mayor sentido, y promueve la natalidad y el bien de los hijos, como una vocación que los lanza con esperanza hacia un futuro diferente.

Hermanos y hermanas, pidamos a san Segundo que nos ayude a reavivar la fe recibida y a transmitirla a las nuevas generaciones, siguiendo el consejo de Pablo a Timoteo: “vela por el precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo, hazte fuerte con la gracia, y toma parte en los padecimientos como buen soldado de Cristo Jesús”. Que así sea.